

# **Las estrategias visuales de la construcción de la diferencia en las Américas**

**Henry Geddes Gonzales**

*Profesor. Universidad de Massachusetts, Amherst.*

Este estudio es parte de un esfuerzo más abarcador por determinar las políticas de la representación visual, y su relación con el discurso, en el contexto de la modernidad; investiga la relación entre el discurso colonial, asociado con la iconografía temprana de las Américas, y las formas contemporáneas de representación de los pueblos indígenas y los mestizos (etnicidad híbrida) en las fotografías noticiosas y los anuncios televisivos de los Estados Unidos. Estos espacios de representación son consecuentes con la forma en que las relaciones coloniales y neocoloniales han sido históricamente comprendidas, reproducidas y transformadas.

El análisis se concentra en la persistencia y relativa importancia de las prácticas culturales del primitivo período colonial en la perpetuación de las relaciones (neo)coloniales, así como su influencia en la articulación de contradiscursos en un sistema transnacional globalizado. Los discursos eurocéntricos suelen marginar las «voces» subalternas y niegan la diversidad de su experiencia políticosocial. También influyen en los términos con los que lo subalterno negocia la identidad y emprende la resistencia por medio de las prácticas culturales.

Ello ha involucrado a un grupo de asunciones, métodos, procedimientos e instituciones que han «producido» a los no-europeos en áreas del pensamiento y la práctica tan aparentemente desconectadas como la literatura, la organización social, la medicina, la ciencia social, las relaciones internacionales, los medios de comunicación masiva, el turismo, la educación y otras.

Las imágenes aquí discutidas lo fueron en tanto manifiestan actitudes recurrentes del discurso colonial y eurocéntrico. Los medios masivos han sido instrumentos en la perpetuación de nociones de diferencia, las cuales, en otra era, explícitamente informaron y legitimaron la empresa colonial. Las derivaciones eurocéntricas del discurso colonial ofuscan la naturaleza global de la producción y el consumo bajo el amparo de las corporaciones transnacionales, y contribuyen a la construcción de identidades culturales. El análisis se mueve entre la crítica de imágenes positivas o negativas del otro, con sus referencias implícitas a una realidad social no mediada más allá del texto, y asume que los textos refractan y constituyen un ambiente social ya mediado por el discurso.

Siguiendo a Mijaíl Bajtin,<sup>1</sup> la comunicación visual, el legado de su aura y sus códigos escritos, pueden ser comprendidos como una condensación de discursos generados por la interacción de sujetos localizados social e históricamente. Los discursos coloniales y eurocéntricos refractan y a la vez constituyen discursos generados por interacciones sociales con y entre los amerindios, los mestizos y los europeos. Esto puede discernirse en el nivel del texto mismo como convenciones de género vinculadas a discursos contendientes que modelan identidades culturales, así como estrategias de dominación, negociación y resistencia más allá del texto.

## Conquista y representación

La conquista de América inició transformaciones globales que definieron relaciones políticas, económicas y culturales entre el centro y la periferia del sistema capitalista del mundo.<sup>2</sup> Esto coincide con el desarrollo de tecnologías de impresión y gráficas durante los siglos xv y xvi que transformaron las formas de comunicación y concientización. Ello contribuyó a la estandarización de nuevos códigos visuales, tales como la perspectiva lineal y las propias convenciones para combinar texto e ilustración.<sup>3</sup> Aparejada a emergentes códigos narrativos en la escritura, la perspectiva lineal perpetuó la visión panóptica del sujeto privilegiado o del centro, la prioridad dada a la vista sobre los demás sentidos, y el ordenamiento del espacio y el tiempo en formas que a menudo niegan la contemporaneidad del otro.<sup>4</sup>

El otro pudo ser codificado, mayormente, en la forma de un monólogo<sup>5</sup> y desplazado a través del espacio y el tiempo para satisfacer las demandas de la empresa colonial y para contener la resistencia a la misión civilizadora europea.<sup>6</sup> Un aspecto sustantivo en esta práctica cultural es lo que J. Fabian refiere como «los efectos ideológicos del visualismo como un estilo cognitivo».<sup>7</sup> R. Corbey observa que «lo que es visto, el otro objetivado, se aprecia como proveniente de lugares muy lejanos, pero también, y más importante, de un tiempo diferente, alocrónico».<sup>8</sup> Como se verá en el análisis subsecuente, esta práctica visual ha persistido en la fotografía contemporánea y en videos/películas que experimentan una función similar a la que tuvieron las cosmografías y las descripciones ilustradas de viajes en los siglos xvi y xvii. Más aún, la perspectiva lineal y otros códigos visuales desarrollados en el período moderno primitivo definieron la larga tradición europea de representación visual durante los pasados quinientos años. Los medios masivos contemporáneos han heredado esta tradición, que fuera difundida y apropiada por todo el mundo.

Es, por otra parte, conocido que la representación visual de los amerindios y su entorno físico durante los inicios del período colonial enfatizó la dicotomía entre «el buen salvaje» y «los bárbaros». M. Bhabha se refiere a ello como la cualidad fetichista del discurso colonial, en el cual el otro es simultáneamente reconocido/deseado, y repudiado.<sup>9</sup> Es a través del binarismo formado por esta suerte de fetichismo que el discurso colonial perpetuó una ideología que subsumió la agresión de una economía productiva (genocidio, esclavitud, desterritorialización) en el discurso de una economía moral que reforzaba la misión civilizadora europea.

Mercedes López-Baralt<sup>10</sup> apunta que hubo una desviación de la visión idealizada del otro como «el buen salvaje» de los primeros escritos y consideraciones gráficas —como aquellos de los encuentros iniciales de Colón—, hacia un énfasis en la percepción de las deformidades físicas de los «bárbaros» y sus «prácticas corruptas» (canibalismo, idolatría, brujería), comenzado con el *Novus Mundus* de Américo Vespucio, publicado entre 1503 y 1509. Las proyecciones idílicas del «Nuevo Mundo» persistieron, sin embargo, y reflejaron los lazos entre los editores y los intereses financieros —a los cuales servían— con el propósito de atraer colonos e inversionistas para sus operaciones agrícolas, de extracción de minerales, y esclavistas.<sup>11</sup> Versiones contemporáneas de esta práctica cultural incluyen el turismo, el *marketing* y los medios masivos, todo lo cual exotiza al otro para provocar inversiones y clientes globales.

Junto con la dicotomía buen salvaje/bárbaro, los amerindios y su espacio físico fueron rutinariamente mostrados en términos femeninos. Recuérdese solo el tan socorrido grabado «América», que muestra el encuentro entre Américo Vespucio y una clásica figura femenina europea que representa el continente «descubierto».<sup>12</sup> A «América» se le asignó una identidad femenina que exuda sexualidad, inocencia y unidad con la naturaleza. Es como si ella hubiese sido despertada al curso de la historia por un europeo investido de signos asociados con instituciones presuntamente ausentes en el «continente descubierto»: ciencia (compás), religión (cruz), y organización política (Estado absolutista inscrito en la bandera y en la persona de Vespucio). Esto establece un discurso recurrente que identifica el territorio designado como América, y sus recursos y habitantes, con el cuerpo femenino que debía ser nombrado y moldeado. La sexualización del otro sirvió para construir una identidad patriarcal occidental como el eje alrededor del cual otras identidades eran definidas. Como se apreciará más adelante, este proceso ya había comenzado en Europa cuando se brindaba algún crédito al argumento de que la iconografía colonial

repetía discursos generados por interacciones sociales en Europa y por el contacto mismo del «viejo continente» con América.

Contradiendo el tema de América como buen salvaje-femenino, aparece la pretendida amenaza de lo «bárbaro». En el fondo de la imagen descrita antes, en donde convergían las líneas de perspectiva, hay una escena canibal en la que una pierna humana es asada sobre una fogata. La naturaleza hostil y decadente de los aborígenes fue codificada en todos los géneros durante el período colonial, como deformidad física y canibalismo.<sup>13</sup> Esto comportaba en parte una manifestación de fetichismo que desautorizaba al otro, exagerando la práctica del canibalismo en América,<sup>14</sup> y resultaba a la vez ideal para justificar el «proceso civilizatorio» y el uso de la violencia contra cualquier forma de resistencia de los amerindios.<sup>15</sup>

La más ambiciosa y ampliamente difundida de las colecciones ilustradas que documentan los primeros encuentros europeos con América, es *Grandes viajes* del protestante belga Theodor de Bry. Sus trece volúmenes fueron publicados en latín y alemán entre 1590 y 1634, y tratan acerca de los encuentros coloniales durante el siglo XVI y principios del XVII. De acuerdo con B. Bucher,<sup>16</sup> el sistema simbólico en *Grandes viajes* revela los aspectos emocionales, no-discursivos (no-lineales, prelógicos) de la iconografía colonial. Así, los tabúes, el miedo a la «contaminación», el temor a lo desconocido, el caos y la ambigüedad, dieron por resultado la construcción de lo aberrante, pero siempre dentro de normas establecidas, dentro de los intersticios del orden. Ello se evidenció en la iconografía sistemáticamente organizada del canibalismo como negación del orden cósmico. La narrativa protestante del pecado original y la «caída» de Adán y Eva, fue usada por de Bry para retratar, por la vía de la comida y la apariencia física, la «contaminación» y la «decadencia» de los amerindios. Después de la «caída», los amerindios sustituyeron los residuos (sangre, cenizas) por el consumo de comida vegetal y animal. Este desvío coincide con la prevalencia de las imágenes de canibalismo, viejas brujas hechiceras e idolatría.

Bucher arguye que los signos de la anatomía y la ofrenda y consumo de comida están relacionados estructuralmente, en el modo vertical, prelógico del mito, con los códigos sociopolíticos que definen las relaciones entre los amerindios y las comunidades europeas. El subrayado de estas imágenes es el intento de la protestante Europa del norte por desacreditar la empresa colonial española y portuguesa, al hacer conspicua la violencia que infligieron a la población indígena e insinuar que la mezcla de razas fue la fuente de la decadencia en el «Nuevo Mundo» (canibalismo, brujería, idolatría). Mientras tanto, las escenas de la

colonización inglesa fueron eximidas de tal violencia y decadencia. De acuerdo con Bucher, ello pudo contribuir más tarde a la normalización del tabú de los matrimonios interraciales, la creación de reservas y la segregación característica de la colonización en América del Norte.

Un tema corriente en la iconografía colonial es la sexualización del otro como femenino. Ampliando la obra de N. Elias,<sup>17</sup> Theweleit<sup>18</sup> y Brauner (este último en *Cannibals, Witches and Shorewens in the Civilizing Process*, de próxima aparición) adujeron que esta sexualización del otro como femenino fue un aspecto esencial del proceso civilizatorio en Europa occidental, en la medida en que el orden capitalista patriarcal se institucionalizó entre los siglos XVI y XVIII. El proceso incluyó la disciplina de las funciones corporales tanto como los cambios relativos a la subjetividad que permitieran al emergente hombre (masculino) burgués, enfrentarse con las nuevas instituciones, tales como el Estado centralizado y el propio capitalismo. En el proceso de redefinición del espacio social y sus normas, el emergente ego burgués y masculino se autoconstruyó como opuesto a los campesinos, a las mujeres y a los no-europeos. Por ejemplo, la construcción de brujas como hechiceras sexualmente ambiguas, con cuerpos deformados, fue parte de un esfuerzo mayor de la Iglesia, el Estado, la institución médica y otras instancias sociales para debilitar la condición de las mujeres campesinas como parteras, sanadoras y líderes comunitarias durante el período moderno temprano.<sup>19</sup>

El discurso colonial fue una extensión del proceso civilizatorio en la misma Europa, en donde el otro fuera identificado con «gente salvaje» (habitantes marginales de los bosques), campesinos y brujas (siempre en femenino). La relación intertextual entre las correspondientes formas de representación visual es provocativa, particularmente en lo que respecta a la apariencia física deformada y el «pelo salvaje». De acuerdo con Brauner,

a través del período moderno temprano, las ilustraciones y textualizaciones de las mujeres europeas de baja clase como brujas y arpías, y de los nativos americanos como canibales, fueron promovidas entrelazadamente. No solo sus representaciones en todos los discursos oscilaban entre la mujer erotizada y la vieja asexual, amenazante, desmembrada, sino que los canibales se convirtieron en brujas dentro del discurso colonial cuando los rituales religiosos de los nativos americanos fueron igualados con los satánicos Sabbath, y cuando los nativos, especialmente las mujeres, también fueran acusados de brujería en las últimas etapas de la colonización.

Fue muy a propósito que estas representaciones mantuvieran su significado independientemente del texto escrito, y operaran —de manera muy parecida a los códigos anatómicos, de apariencia y consumo

alimenticio en los *Grandes viajes* de Bry— en un nivel prelógico, para producir un tiempo alocrónico, diferente, y complementar la construcción fetichista del otro.

Una variedad de discursos más o menos solapados sobre capitalismo, raza y patriarcado emergió en Europa y América post-siglo xv, para marginar las «voces» de las mujeres, los campesinos y los pueblos indígenas. Aquellos que, desde los márgenes, trataron de subvertir los discursos dominantes adoptaron una postura de acomodamiento, al incorporar en sus respuestas elementos del propio discurso colonial. Este fue el caso de la más célebre voz indígena de los Andes, Guaman Poma, quien escribió un texto ilustrado para intentar convencer a la corona española de que los incas eran víctimas de una burocracia corrupta y que merecían ser considerados súbditos españoles completos.<sup>20</sup> Es cuestionable si esta y otras estrategias de resistencia inscritas en el discurso dominante condujeron a la construcción de un contradiscurso viable, a una agenda política de verdadera valía. Sin embargo, o al menos, sustentaron —y no es poco— una tradición de resistencia, en constante diálogo con los discursos dominantes.

## Transnacionalismo y representación

Los recientes desarrollos global, nacional y local señalan un contexto marcadamente diferente para un análisis de la función política de la imaginaria formada por el discurso eurocéntrico en las relaciones neocoloniales reguladas y normalizadas. Los medios masivos refractan y constituyen formas de interacción social crecientemente complejas, asociadas con la movilidad global del capital, la tecnología, el trabajo y la información. Aún más, las narrativas principales de religión, clase y pertenencia espacial han sido descentradas en el ambiente cultural de la última modernidad.

Los discursos eurocéntricos operan en dos niveles para formar un amplio rango de prácticas políticas y culturales: un conjunto de distinciones-temores-deseos-desaprobaciones, relacionados con lo propio y el otro, y aquellas ideologías más completamente articuladas, como el neoliberalismo, el racismo y el sexismo.

El racismo y el patriarcado han sobrevivido porque el capitalismo beneficia a segmentos privilegiados de población en América, y estas élites inevitablemente aprecian las distinciones étnicas y de género como medios de legitimar su control sobre recursos estratégicos.<sup>21</sup> Nada es menos sorprendente que las mujeres, los pueblos indígenas y gran número de campesinos y emigrantes urbanos o descastados

de toda suerte figuren entre los más marginalizados segmentos sociales en el hemisferio occidental.<sup>22</sup> Ello puede explicar parcialmente por qué los códigos de las distinciones étnicas y genéricas persisten en los discursos de los medios masivos dedicados a públicos nacionales y globales.

El otro proceso que contribuye a la persistencia de estos discursos se refiere a la tendencia de los pueblos de la periferia a estar «descubriendo» —alguno podría decir incluso que hasta «conquistando»— sus propios «espacios», en la medida en que emigran, muchas veces ilegalmente y debido al desplazamiento político o económico, para pretender los columbrados beneficios de formas más avanzadas en la modernidad capitalista. Las culturas híbridas resultantes, que combinan elementos de lo premoderno y lo moderno, desafían los fundamentos monoculturales de la nación-Estado. Esto se ha unido con un sustancial temor y resistencia de parte de todos los segmentos sociales (aumento de crímenes odiosos, políticas migratorias endurecidas, movimientos legislativos para excluir a los inmigrantes de beneficios sociales, el movimiento «únicamente inglés»), especialmente en los Estados Unidos.

La economía visual de las fotografías noticiosas y los anuncios televisivos está afirmada en un valor de uso y un valor de cambio que son consecuentes con la cultura de la última modernidad. En línea con las ambiciones del siglo xvi, en cuanto a representar la realidad, el valor de uso consiste en la capacidad de reproducir a través de los códigos de la perspectiva lineal. El realismo continúa desempeñando un papel central en la forma en que las representaciones visuales adquieren valor como expresiones de vigilancia y placer. El valor de cambio consiste en sus relaciones con un mayor archivo de imágenes y sus diversos usos sociales en un ambiente cultural mediado por los *media*. Así, las imágenes adquieren valor cuando comunican distinciones sociales de clase, género y etnicidad, que son acaso coherentes con el discurso eurocéntrico y las formas que le convienen. Ello es facilitado por el desplazamiento del tiempo y del espacio a través de técnicas de composición y edición fotográficas.

El código del realismo resulta idóneo para el género de la fotografía noticiosa. Tomemos un ejemplo de la Associated Press fechado el 15 de septiembre de 1991, cuya función principal es la de advertir a los viajeros internacionales sobre el peligro de lugares como Perú. En él se establece una equivalencia entre las que parecen ser figuras femeninas indígenas o mestizas, y una piara escarbando en un basurero cerca de Lima, asociación además exagerada por el hecho de que dichas mujeres son anónimas, permanecen vueltas de espaldas a la cámara, y sirven de telón de fondo no solo a los cerdos, sino al foco central de la noticia, dado en el texto

**La representación visual de los amerindios y los mestizos ha sido conformada por los discursos provenientes del período colonial, los cuales todavía se despliegan en los medios masivos, a pesar de sus —solo aparentes— transparencia, realismo y neutralidad.**

acompañante: el hecho de que veinticinco pasajeros de un vuelo internacional contrajeron síntomas de cólera mientras hacían escala en Lima.

Dejando de lado la exactitud de la información o la certeza de que ofrece a públicos globales una visión «distorsionada» de la «real» epidemia de cólera en Perú o en la región, se pueden interpretar estas estrategias discursivas y su relación con los discursos más allá del texto.

En primer lugar, no se establece más que una relación tentativa entre el incidente descrito en el texto y los sujetos reflejados por la cámara. El lector nunca sabe exactamente lo que las mujeres están haciendo entre la basura, excepto que el acto guarda alguna conexión con la contaminación de alimentos... Las mujeres retratadas en las fotografías constituyen un referente, cuyo significado es la «condición del Tercer mundo»; condición que implica inferioridad, pobreza y enfermedad, con independencia del texto escrito. De manera muy parecida al temprano discurso colonial, este margina las «voces» del otro, y articula la «decadencia» (consumo de carne humana o de residuos) y la objetivación de las mujeres con relaciones más ampliamente sociopolíticas.

Mientras el texto escrito «fija» todavía más el significado, al establecer una relación causal entre las prácticas cotidianas peruanas/tercermundistas, y la extensión del cólera, esta imagen y otras como ella connotan relaciones neocoloniales sin necesidad siquiera de tal «fijación». La imagen fotográfica representa un archivo mayor de imágenes de la «condición del Tercer mundo». Ellas están formadas por discursos resultantes de la interacción entre las élites locales, nacionales y globales, y la vasta mayoría de mestizos desclasados y aborígenes en América. El lector está en posición de experimentar la distancia espacial y temporal que lo separa de estos sujetos, y de afirmar el orden espacial y temporal en que vive, contribuyendo de este modo a la negación de la contemporaneidad del otro.

Dentro del más amplio contexto de construcción de la periferia —por las industrias culturales transnacionales— como «caótica», «subdesarrollada» e «incivilizada», los referidos artículos noticiosos son parte de una tradición largamente establecida, que refuerza el desplazamiento alocrónico y la percibida inferioridad

de la mayoría de los habitantes de América Latina y la periferia en general, de la que apenas se exceptúan ciertos segmentos de la élite con apropiados estilos de vida. A semejanza de otros países de América Latina y del Tercer mundo, Perú aparece raramente en las noticias de los Estados Unidos, a menos que la información esté relacionada con estrategias, terrorismo, la «guerra de las drogas», terremotos o epidemias.<sup>23</sup> Aun cuando las condiciones de vida en Perú sean inadecuadas, el discurso hace aparecer esas condiciones como un fenómeno aparentemente eterno, mítico, que no tiene historia o soluciones potenciales sin intervención externa. Implícitamente, se atribuye esa condición al carácter imperfecto del propio pueblo, o al hecho de que no han sido observadas las prescripciones sociales y económicas ofrecidas por culturas «superiores» (políticas neoliberales). Al igual que los «bárbaros» del discurso colonial, estos sujetos deben ser reprimidos y civilizados. También sirven como recursos para el establecimiento de las definiciones eurocéntricas de sujeto y otredad, basadas en distinciones étnicas y de género.

## Buenos salvajes

Un anuncio televisivo para el café Maxwell House, que se transmitiera entre 1991 y 1992, revela los extremos a los cuales llegan los anuncios de las transnacionales para «producir» los aspectos exóticos, serviles y femeninos del otro latinoamericano.

La música, adaptada de la banda sonora de la película *La misión*, fue originalmente concebida para celebrar la lucha heroica de los indios guaraníes de la región hoy conocida como Paraguay, contra los colonizadores españoles. En el comercial se usa para dramatizar imágenes espectaculares del paisaje colombiano, un festivo desfile en un pueblo rural, que incluye mujeres indígenas o mestizas, acompañadas por músicos masculinos, y campesinos trabajando en los campos de café. El anuncio culmina con una típica pareja caucásica suburbana, de la clase media-alta, disfrutando de su café matinal. La implicación es que los alegres campesinos colombianos y sus estratégicos recursos pertenecen, de forma natural y de buena gana, a la división global del trabajo. Esto se refuerza por la narración:

En las montañas de Colombia alaban a la tierra por crear el más rico café del mundo. Introduciendo el Maxwell House Colombian Supreme, café ciento por ciento colombiano. Toda la riqueza que la tierra puede ofrecer. El nuevo Maxwell House Supreme, regular, decafeinado e instantáneo. Cada gota, ciento por ciento riqueza colombiana.

Obsérvese la referencia a «la tierra» como fuente del producto. La ironía es que, como sus equivalentes a través de toda América Latina, muchos campesinos colombianos son ampliamente avasallados y permanecen en lucha con las corporaciones agroindustriales nacionales y transnacionales, que, junto con los carteles de la droga, controlan la economía y el aparato estatal.<sup>24</sup> Las voces dominantes en el anuncio de café son las compañías transnacionales del producto, los terratenientes colombianos y los consumidores en los Estados Unidos, que constituyen además las voces dominantes en el actual sistema global de producción y consumo. Por contraste, los campesinos colombianos están vinculados a la falta de tierra, los conflictos con los terratenientes locales o el comercio agrícola transnacional, la desterritorialización, y en lucha por la subsistencia, la participación política, la identidad cultural y el acceso a los servicios básicos. Solo un espectador informado puede ver en este anuncio la potencialidad para explorar estas «voces marginadas» y las formas en que chocan con las dominantes.

El anuncio de café es parte de un género de comerciales que usa imágenes de campesinos felices y serviles, o celebridades —generalmente mujeres— exóticas (Carmen Miranda, Charo) para evocar la latinoamericanidad. El énfasis de mujeres en los anuncios es un ejemplo de las características de género y etnicidad del discurso colonial, que establecía una equivalencia entre tierra/pobladores y el cuerpo femenino. Más aún, existe una larga tradición en el cine y la televisión de los Estados Unidos en cuanto a la «producción» de la otredad latinoamericana como una categoría femenina, lo que la hace más accesible y menos amenazadora dentro de los parámetros ideológicos del patriarcado.<sup>25</sup>

El anuncio acomete la comercialización de un suceso local (¿o se trata en cambio de una simulación representada especialmente para el anuncio?), de la tierra y de la misma gente. Como ocurre con el turismo y otras formas de comercialización, las gentes y las prácticas involucradas están descontextualizadas y pierden sus voces, para acomodarse a los objetivos del comercial y facilitar la identificación y la fascinación por la mirada. Esa manipulación es apoyada por la cualidad panóptica de la cámara mientras registra el paisaje y sus habitantes. La «diferencia» exótica es transmitida a través del desplazamiento espacial y temporal característico del discurso colonial: los campesinos colombianos están literalmente suspendidos en una dimensión espacial y temporal diferente. El discurso también sirve para

distinguir lo que significa ser «americano», al equipararlo con la pareja caucásica en el anuncio de café; todos los restantes grupos étnicos están implícitamente vistos como «étnicos» o «extranjeros», aun después de haber sido asimilados dentro de la cultura anglodominante.

## «Bárbaros»

Los pueblos indígenas de América raramente reciben atención de los medios masivos transnacionales, a menos que conformen la dicotomía buenos salvajes/bárbaros establecida a través del discurso colonial.<sup>26</sup> También son exotizados como remanentes de un pasado distante, o mostrados como agitadores que usan métodos destructivos para reclamar sus derechos. Mientras ese proceso identifica a los pueblos indígenas como sujetos históricos, la manipulación es tal que ignora a menudo el más amplio significado político y cultural de la lucha, pues los periodistas deciden centrarse en la violencia.

La construcción idealizada del otro, característica del anuncio de café descrito arriba, puede contrastarse con un reportaje noticioso televisivo de la CBS (mayo 11, 1991), que muestra una confrontación violenta entre un grupo de indios mohawks y tropas canadienses, en Quebec. Las «voces» mohawks fueron esencialmente marginadas: el reportaje comenzaba con la destrucción, con lo cual se desatendían las raíces del conflicto y no se daba a los mohawks la oportunidad de explicar por qué optaron por la confrontación violenta. Dan Rather introducía el reportaje diciendo que «hoy en Quebec, la lucha por la tierra entre los indios mohawks y las autoridades canadienses emergió otra vez violentamente». Rather continuaba la narración sobre las imágenes de video, que hacían poco menos que captar la violencia física, en medio de la cual los mohawks aparecían como agresores. El guión contaba que

docenas de indios luchaban con tropas canadienses porque el gobierno federal fue oficialmente reconocido como dueño de un terreno en disputa. Por lo menos un soldado y un mohawk resultaron heridos. Las autoridades locales quieren construir un campo de golf en la tierra que los mohawks consideraran suya. Esto se ha convertido en una situación complicada que involucra a los indios, la ciudad, la provincia de Quebec y el gobierno federal canadiense.

La última secuencia del altercado muestra a un policía montado canadiense mientras es pateado por un mohawk cuando intenta levantarse.

El reportaje reproduce discursos más allá del texto que tradicionalmente ha ubicado a los pueblos indígenas como «bárbaros» y «primitivos», incapaces

de comportamiento y organización social racional. Como señala Hulme, la «matanza indígena» fue la narrativa central en la construcción de los amenazantes «bárbaros» durante la colonización inglesa de América del Norte.<sup>27</sup> Esto hace posible ignorar sus reclamos sobre la tierra en disputa, la conexión con otros conflictos que relacionan a los mohawks en ambos lados de la frontera, o la generalmente forzada desterritorialización de los nativos americanos. La ironía de que los pueblos indígenas tengan que entregar su tierra para las prácticas de ocio, ambientalmente erróneas, de las clases dominantes, es desconocida por los cánones objetivos del periodismo. Se discierne el redespiegue del discurso colonial que privilegia una concepción de la tierra como mercancía para ser explotada en nombre de los beneficios, por encima de la idea de la tierra como algo sagrado y vinculado a una forma de vida.

Por otra parte, los mohawks tienen considerable experiencia en el comprometimiento de los medios masivos locales y globales, como parte de su larga lucha con las autoridades.<sup>28</sup> Durante los años 70 un grupo de mohawks, en el norte del estado de Nueva York, usó exitosamente los medios para mejorar su (construida) imagen como exóticos tradicionalistas que buscaban preservar su forma de vida y redujeron su agenda política, influyendo así sobre la opinión pública fundamental y concitándola en su favor. También es idóneo que hayan considerado el papel de la concentración de los medios globales en la publicidad de su causa. No otras estrategias han seguido luchas similares entre los kayapos en Brasil<sup>29</sup> o los mayas en México.<sup>30</sup>

La cobertura de la insurrección maya durante 1993-94 en Chiapas, México, alcanzó una audiencia global, e hizo más difícil al gobierno mexicano imponer su voluntad en la región sin calcular las consecuencias de la opinión pública mundial.<sup>31</sup> Ello pronostica un papel fundamental para los medios masivos, en cuanto a la forma en que se sostienen los movimientos de liberación nacional en una era de globalización; condiciones que cambian la naturaleza y alcance de la lucha armada. Sin embargo, a pesar de tales esfuerzos por utilizar y resistir al orden dominante en sus propios términos discursivos, estas acciones son admitidas por los medios masivos en la dirección que tiende a reproducir el discurso colonial y a ignorar las más amplias ramificaciones políticas y culturales de los movimientos indígenas y populares en toda América.<sup>32</sup> Por ello, muchos de estos movimientos han contado con canales alternativos, tales como sistemas de computadoras, fax y video portátil, para establecer cadenas globales de solidaridad.<sup>33</sup>

## Conclusión

La representación visual de los amerindios y los mestizos ha sido conformada por los discursos

provenientes del período colonial, los cuales todavía se despliegan en los medios masivos, a pesar de sus —solo aparentes— transparencia, realismo y neutralidad.

El análisis apunta a la necesidad de moverse más allá de aisladas dicotomías, para considerar su interacción y la relación con sus usos sociales. Se necesita conocer las modalidades en que se inserta el discurso sobre etnicidad, patriarcado y capitalismo, a fin de producir variaciones en estos temas, con consecuencias para otras prácticas culturales, incluyendo aquellas que involucran la resistencia popular.

Variaciones en la representación de la otredad pueden discernirse en el contexto en que se despliegan los discursos. Por ejemplo, la visión de América por la Europa protestante del norte, en el siglo XVI, estuvo condicionada por las rivalidades entre las naciones europeas en la colonización de América. Ello anticipó una retórica de imágenes, y relacionó prácticas culturales que tendían a perpetuar las rígidas fronteras raciales características del actual ambiente cultural en los Estados Unidos.

Las imágenes publicitarias examinadas aquí tienden a exotizar al otro, mientras las noticiosas fotográficas y de video tienden a enfatizar al «bárbaro» sobre el «buen salvaje».

Tales distinciones proceden de los escritos de viajes y la iconografía de Vespucio y de Bry, quienes codificaron la feminización del otro. Una diferencia clave radica en que los deformados cuerpos femeninos del período colonial han sido reemplazados por una feminidad exótica, en un ambiente global de los *media* donde la diferencia étnica da forma a estrategias de *marketing* y de comportamiento del consumidor.

Debe investigarse más para delinear el amplio archivo de imágenes que ya no están como constreñidas por narrativas de espacio y religión derivadas de la tradición oral o pictórica, característica de la iconografía colonial. En la era de la comunicación electrónica transnacionalizada, la efectividad del discurso eurocéntrico se define menos por el lugar o la formación de clase, que por su difusión a través de prácticas textuales. Esto permea el valor de cambio y los usos sociales de la representación visual, con independencia de distinciones geográficas o demográficas. Ello justifica otras investigaciones, tanto de las políticas visual y textual del discurso eurocéntrico, como de sus implicaciones para los movimientos sociales populares.

Existe alguna evidencia de que las industrias transnacionales de los medios contribuyen al ajuste de la diferencia, por la vía de la «distribución estrecha» y la segmentación étnica de los públicos, abriendo espacios en los cuales las comunidades marginales —como los latinos

en los Estados Unidos— negocian sus identidades e influyen en la cultura dominante. Appaduray y Collins<sup>34</sup> arguyen lo mismo cuando reparan en que los medios transnacionales, junto con otras interacciones globales, ofrecen recursos alternativos para la construcción de la identidad cultural, con lo cual erosionan la capacidad del Estado para orquestar una identidad nacional unificada.<sup>35</sup> Sin embargo, esos desarrollos solo van hasta acomodar la amplitud cultural y política que concierne a los amerindios y los mestizos en América. Al tiempo que tales identidades son verdaderamente negociadas, más que impuestas sin problematización por los discursos y las instituciones dominantes; y mientras en años recientes los pueblos indígenas son más «visibles» como sujetos históricos, los términos y condiciones de la negociación no son ideales, pues muchas veces están inscritos en relaciones discursivas e institucionales de poder que datan del período colonial.

Para que los grupos subalternos modifiquen las prácticas de las culturas dominantes, necesitan activar la subversión de los códigos del discurso eurocéntrico en los medios masivos y desplegar formas alternativas de comunicación. El discurso eurocéntrico continúa mediando en la opresión de mujeres, pueblos indígenas y mestizos en América, al marginar sus «voces» y negar la diversidad de su experiencia política y social.

A los pueblos indígenas, de modo particular, se les ha negado la capacidad otorgada a las culturas occidentales para negociar constantemente sus identidades en respuesta a las cambiantes circunstancias históricas. Más aún, el bi y el multiculturalismo se hacen más comunes a través de toda América, y la tendencia para los grupos indígenas es mantener relaciones nacionales y globales con los movimientos populares, los canales de solidaridad, y la opinión pública mundial.<sup>36</sup> El reconocimiento de estas condiciones híbridas y sus más amplias implicaciones políticas y culturales, contribuyen a restablecer la coexistencia y la acción, la fuerza histórica del otro.

Los *media* tienden a ignorar o asimilar estas manifestaciones de hibridez, quizá porque subvierten las categorías esenciales de etnicidad y distinción de género, que regulan y normalizan las jerarquías de poder y privilegio.

Traducción: Mayra Pastrana y Rufo Caballero.

## Notas

1. Mijaíl Bajtin, *The Dialogic Imagination*, M. Holquist, ed., University of Texas Press, Austin, 1981.

2. La Europa occidental se convirtió eventualmente en el centro de un emergente sistema global que eclipsó los imperios precolombinos en Asia, África y América. La característica distintiva del expansionismo occidental consistió en que, a diferencia de imperios anteriores, fue el primero en alcanzar

proporciones verdaderamente globales. (Samir Amin, *Eurocentrism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1989; E. Wallerstein, *The Capitalist World System*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979; Tzvelan Todorov, *The Conquest of America*, Harper y Row, Nueva York, 1987).

3. Todorov advierte que «la perspectiva lineal europea puede no haberse originado en la preocupación de validar un único e individual punto de vista, pero se convirtió en su símbolo, añadiéndose a la individualidad de los objetos representados. Puede parecer atrevido unir la introducción de la perspectiva al descubrimiento y conquista de América, pero la relación está ahí, no porque Toscanelli, el inspirador de Colón, fuera amigo de Brunelleschi y Albert, pioneros de la perspectiva..., sino en razón de la transformación que ambos hechos simultáneamente revelan y producen en la conciencia humana». (Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política del Nuevo Mundo*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, Puerto Rico, 1990; Tzvelan Todorov, ob. cit.).

4. J. Fabian, *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983; R. Corbey, «Ethnographic Showcases: 1870-1930», *Cultural Anthropology*, a. 8, n. 3, 1993, p. 361-3; Tzvelan Todorov, ob. cit., pp. 121-3.

5. I. M. Zavala, «Notes on the Cannibalistic Discourse of Monologism», *Critical Studies*, v. 3, n. 2 y v. 4, n. 1, 1993.

6. Zavala describe adecuadamente los aspectos monológicos del discurso colonial como «una forma de apropiación dialógica de la otredad que sustituye la experiencia del otro por la propia. Como tal, el discurso monológico comunica una concepción *externalizada*, fetichista y reificadora del otro. El monologismo puede ser entendido como una forma de comprensión unidireccional y unicultural que tiende a absorber y subsumir al otro en la dependencia cognitiva; puede ser descrita como una forma de imperialismo epistémico». (I. M. Zavala, ob. cit.)

7. R. Corbey, ob. cit., p. 361.

8. *Ibidem*.

9. Bhabha comenta sobre la cualidad fetichista del discurso colonial, que «es un aparato que depende del reconocimiento y repudio de las diferencias raciales/culturales/históricas. Su función estratégicamente dominante es la creación de un espacio para “pueblos vasallos” a través de la producción de conocimientos en función de la cual se ejerce la vigilancia y se incita una compleja forma de placer/displacer. Procura autorización para sus estrategias hacia la producción de conocimientos de colonizador y colonizado, los que son estereotípica y antitéticamente evaluados. El objetivo del discurso colonial es proyectar al colonizado como una población de tipos degenerados sobre la base del origen racial, para justificar la conquista, y establecer sistemas de administración e instrucción». (H. Bhabha, «The Other Question: Difference, Discrimination and the Discourse of Colonialism», en R. Ferguson *et al.*, eds., *Out There. Marginalization and Contemporary Cultures*, MIT Press, Cambridge, 1990)

10. Mercedes López-Baralt, «La iconografía política del Nuevo Mundo: el mito fundacional en las imágenes católica, protestante y nativa», en Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit., pp. 66-7.

11. B. Bucher, «Al oeste del Edén: la semiótica de la conquista, reconstrucción del icono y política estructural», en Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit., p. 9.

12. Véase P. Hulme, *Colonial Encounters*, Methuen, Nueva York, 1986; P. Mason, *Deconstructing America – Representing the Other*, Routledge, Nueva York, 1990.



Henry Geddes Gonzales

13. P. Hulme, ob. cit.; B. Bucher, ob. cit.; Mercedes López-Baralt, *Iconografía política...*, ob. cit.

14. Mercedes López-Baralt, *Iconografía política...*, ob. cit.

15. Colón estuvo entre los primeros en usar el término «caníbal» para referirse a los Caribes o a cualesquiera otros aborígenes que resistieran la conquista (P. Hulme, ob. cit.; Mercedes López-Baralt, *Iconografía política...*, ob. cit., p. 70). Stevenson sostiene que este discurso fue deliberadamente usado por Colón y Vesputio en el sentido de vencer a las autoridades reales en España y Portugal sobre la sanción de la esclavización de los amerindios.

16. B. Bucher, ob. cit., p. 23.

17. N. Elias, *The Civilizing Process*, Pantheon, Nueva York, 1982.

18. K. Theweleit, *Male Phantasies*. v. I, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987.

19. L. Dresen-Coenders, «Witches as Devil's Concubines. On the Origins of Fears of Witches and Persecution against Witchcraft», en L. Dresen-Coenders, ed., *Saints and She Devils: Images of Women in the 15th and 16th Centuries*, Rubicon Press. London, 1987.

20. R. Adorno, «Iconos de persuasión: La predicación y la política en el Perú colonial», en Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit.; M. L. Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturalism*, Routledge, Nueva York, 1992; Mercedes López-Baralt, ed., *Iconografía política...*, ob. cit.

21. E. Wallerstein, «Culture as the Ideological Battleground of the Modern World System», *Theory, Culture and Society*, v. 7, 1990.

22. G. Psacharopoulos y H. A. Patrinos, eds., *Indigenous People and poverty in Latin America: An Empirical Analysis Latin America and the Caribbean*, Technical Department, Regional Studies Program, Report n. 30, The World Bank, Washington, D. C., 1993; G. D. Sandefur y A. Sakamoto, «American Indian Household Structure and Income», *Demography*, n. 25, 1988, pp. 71-80; G. Urban y J. Sherzer, *Nation States and Indians in Latin America*, University of Texas Press, Austin, 1991.

23. Q. Morales, «Revolutions, Earthquakes and Latin America: The Networks Look at Allende's Chile and Somoza's Nicaragua», en William C. Adams, ed., *Television Coverage of International Affairs*, Ablex, Norwood, Nueva Jersey, 1982; J. Larson, E. G. McAnany y D. Storey, «News of Latin America on Network Television News: A Study of the News Flow», *Critical Studies in Mass Communication*, n. 3, 1986, pp. 169-83.

24. M. Medina, «Bases urbanas de la violencia en Colombia: 1945-1950, 1984-1988», *Historia crítica*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1989.

25. López opina que los géneros hollywoodenses, particularmente la comedia musical, contribuyeron a la construcción de la otredad latinoamericana a través de imágenes de mujeres exóticas, sensuales, como Dolores del Río, Lupe Velez y Carmen Miranda. Variantes en la imagen se atribuyen a su articulación con las relaciones histórico-políticas entre Estados Unidos y América Latina, y ello se torna particularmente discernible en la forma en que Hollywood adoptó la Política del Buen Vecino antes de 1955 con la excesiva, aunque no amenazadora, persona de Carmen Miranda. (A. M. López, «Are all Latins from Manhattan? Hollywood, Ethnography and Cultural

Colonialism», en L. D. Friedman, ed., *Unspeakable Images*, University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 1991).

26. M. Pedelty, «News Photography and Indigenous Peoples: An "Encounter" in Guatemala», *Visual Anthropology*, v. 6, 1993, pp. 285-301; T. Giago, «Native journalists», *Cultural Survival*, v. 17, n. 4, invierno de 1994; C. C. Wilson y F. Gutiérrez, *Minorities and the Media*, Sage, Newbury Park, Nueva Jersey, 1985; T. Troy, «Anthropology and Photography: Approaching the Nativa American Perspective», *Visual Anthropology*, v. 5, 1992, pp. 43-61; G. H. Landsman, «Indian Activism and the Press: Coverage of the Conflict at Ganienkeh», *Anthropological Quarterly*, v. 6, n. 3, 1987.

27. P. Hulme, ob. cit.

28. G. H. Landsman, ob. cit.

29. Ted Turner, «Visual Media, Cultural Politics and Anthropological Practice», *The Independent*, enero-febrero de 1991; P. Aufderheide, «Latin American Grassroots Video: Beyond Television», *Public Culture*, n. 5, 1993, pp. 579-92.

30. Bill Weinberg, *Entrevista al subcomandante insurgente Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional*, 26 de abril de 1994, Chiapas-L, Internet; Comité indígena, *Comunicado del Comité Indígena Clandestino Revolucionario. Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional*, 10 de junio de 1994, Chiapas-L, Internet; H. M. Cleaver, «The Chiapas Uprising: the Future of Class Struggle in the New World Order», Chiapas-L, Internet, 1994.

31. R. Hahnel y S. Fleck, «The Zapatista Rebellion», *Zmagazine*, febrero de 1994; H. M. Cleaver, ob. cit.; Bill Weinberg, ob. cit.

32. Pedelty anota que en una reciente reunión panamericana de grupos indígenas en Guatemala, los periodistas globales ignoraron o estuvieron menos que interesados en la sustancia o la ascendencia histórica de la reunión. Apenas vieron en ella la oportunidad para documentar al pueblo en vestimentas exóticas, o en la potencial erupción de la violencia... (A. M. Pedelty, ob. cit.)

33. P. Aufderhide, ob. cit.; A. T. Durning, «Supporting Indigenous Peoples», en L. R. Brown, ed., *State of the World. 1994*, W. W. Norton, Nueva York, 1994; Ted Turner, ob. cit.

34. A. Appadurai, «Disjuncture and difference in the global cultural economy», *Theory Culture and Society*, v. 7, Sage, Newbury Park, Nueva Jersey, 1990, pp. 295-310; R. Collins, «National Culture: A Contradiction in Terms?», *Canadian Journal of Communication*, v. 16, 1991, pp. 225-38.

35. Juan Flores, «Living Borders/Buscando América: Languages of Latino Self-Formation», *Dividing Borders: Essays on Puerto Rican Identity*, Arte Público Press, Houston, Texas, 1993; A. Appadurai, ob. cit.; R. Collins, ob. cit.

36. G. Urban y J. Sherzer, ob. cit.; A. M. Pedelty, ob. cit.; Durning, 1994; H. M. Cleaver, ob. cit.; Bill Weinberg, ob. cit.

© TEMAS, 1998.